

DEL ARCHIVO AL ALGORITMO: LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL EN LA PRESERVACIÓN Y RESIGNIFICACIÓN DEL PATRIMONIO ECLESIAL*

FROM THE ARCHIVE TO THE ALGORITHM: ARTIFICIAL INTELLIGENCE IN THE PRESERVATION AND REINTERPRETATION OF ECCLESIASTICAL HERITAGE

 <https://doi.org/10.32735/S2735-61752025000224098>

Marcial Sánchez Gaete¹

mesag2@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-8283-2331>

Universidad San Sebastián

Universidad Gabriela Mistral

Santiago, Chile

María José Navasa²

mjnavasal@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-0503-5734>

Universidad San Sebastián

Universidad Gabriela Mistral

Santiago, Chile

RESUMEN

El patrimonio eclesial constituye uno de los pilares más significativos de la memoria histórica y espiritual de Occidente. Iglesias, archivos parroquiales, arte sacro, música litúrgica y tradiciones devocionales conforman un legado cultural que trasciende los límites de la fe para insertarse en la historia de la civilización. En el contexto contemporáneo, la irrupción de la inteligencia artificial (IA) representa una transformación profunda en las formas de conservar, estudiar y difundir dicho patrimonio.

Este artículo analiza el impacto y las potencialidades de la IA en el ámbito del patrimonio eclesial, abordando sus aplicaciones tecnológicas —como la digitalización documental, la restauración de arte sacro y la reconstrucción virtual de templos—, junto con los desafíos éticos, epistemológicos y teológicos que plantea su uso. Desde una perspectiva interdisciplinaria, se propone comprender la IA no solo como herramienta técnica, sino como nueva mediadora cultural entre la memoria religiosa y la sociedad digital. El texto concluye planteando la necesidad de una hermenéutica tecno-teológica del patrimonio, capaz de integrar el progreso tecnológico con el respeto por lo sagrado y la experiencia humana de lo trascendente.

Palabras claves: Patrimonio eclesial; humanidades digitales; teología; conservación.

ABSTRACT

Ecclesiastical heritage constitutes one of the most significant pillars of the historical and spiritual memory of the West. Churches, parish archives, sacred art, liturgical music, and devotional traditions form a cultural legacy that transcends the boundaries of faith to become an integral part of the history of civilization. In the contemporary context, the emergence of artificial intelligence (AI) represents a profound transformation in the ways this heritage is preserved, studied, and disseminated.

* Artículo recibido el 16 de abril de 2025; aceptado el 15 de junio de 2025.

¹ Doctor en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Master en Historia por la Universidad de Chile. Integrante del Núcleo de Historia Económica y Social del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile. Presidente de la Sociedad de Historia de la Iglesia en Chile.

² Doctora en Historia por la Universidad San Sebastián (Chile). Master en Historia del Arte por la Universidad Adolfo Ibáñez. Integrante del Núcleo de Historia Económica y Social del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile.



This article examines the impact and potential of AI in the field of ecclesiastical heritage, addressing its technological applications—such as document digitization, the restoration of sacred art, and the virtual reconstruction of temples—alongside the ethical, epistemological, and theological challenges that its use entails. From an interdisciplinary perspective, the study proposes to understand AI not merely as a technical tool but as a new cultural mediator between religious memory and digital society. The text concludes by emphasizing the need for a techno-theological hermeneutic of heritage, capable of integrating technological progress with reverence for the sacred and with the human experience of transcendence.

Keywords: Ecclesiastical heritage; digital humanities; theology; conservation.

Introducción

El patrimonio eclesial ha sido siempre una pieza clave dentro de la historia cultural de Occidente. En él se entrelazan la fe con el arte, la música, la palabra escrita, la arquitectura y los símbolos que dieron forma a la vida espiritual y social de muchas generaciones. Todo lo cual se evidencia en las construcciones de iglesias, de catedrales y monasterios, como también en los frescos de las iglesias, las pinturas sagradas y en los rituales que son mudos testigos de la herencia de tiempos ya idos, pero que nos acompañan hasta nuestros días generando un vínculo entre lo cotidiano y lo divino. Esta representación nos coloca en la perspectiva del entendimiento de la cultura occidental como fiel reflejo de la identidad de un mundo que sigue construyéndose bajo códigos temporales de belleza, fe e historia.

Pero al entrar en el siglo XXI, este patrimonio enfrenta nuevos retos. La sociedad se ha vuelto más secular, las formas de creer han cambiado, y las tecnologías digitales han transformado cómo miramos y conservamos ese legado. Entre ellas, la inteligencia artificial (IA) ocupa un lugar especial, convirtiéndose en un reto, un desafío y sobre todo una gran oportunidad, abriendo las ventanas y dejando que, entre un nuevo halo de comprensión y análisis, de resolución y cuestionamientos, invitándonos a un cambio profundo de paradigmas, en donde dialogan la inteligencia humana y la artificial generando inevitablemente una deconstrucción de la historia, en donde los archivos comienzan a ser digitalizados e intervenidos, donde la restauración de obras y la construcción virtual de los espacios sacros nos interpelan. De ese modo, la IA comienza a redefinir cómo nos relacionamos con la memoria, la espiritualidad y lo sagrado.

Sin embargo, surge una pregunta de fondo: ¿puede la tecnología mantener vivo lo sagrado o solo lo convierte en una imagen bonita sin alma? ¿Podemos unir la fe con la inteligencia artificial, la conservación del patrimonio con la innovación digital? Este artículo invita a pensar esas tensiones desde distintos enfoques, la historia cultural, la teología, la filosofía, la estética y las humanidades digitales. La idea es mirar a la Iglesia como constructora de memoria, observar el papel de la IA como nueva mediadora cultural y, finalmente, reflexionar sobre los dilemas éticos y espirituales de este encuentro. Tal vez, bien orientada, la inteligencia artificial no sea una enemiga de lo religioso, sino una aliada capaz de conservar y renovar el alma histórica del cristianismo, tendiendo un puente entre tradición y futuro.

El patrimonio eclesial: entre la fe y la memoria histórica

Hablar del patrimonio eclesial es entrar en un territorio donde la fe y la historia se tocan constantemente. No se trata solo de viejas iglesias o de piezas de arte religioso; detrás de cada una hay siglos de memoria, de comunidad, de búsqueda espiritual y también de poder. Este tipo de patrimonio es uno de los más ricos del mundo occidental porque logra reunir en un mismo espacio la belleza artística, la devoción y la identidad colectiva. Es un patrimonio que no está muerto, que respira todavía, aunque cambie de forma y de sentido con el paso del tiempo.

a. La iglesia como constructora de memoria histórica

A lo largo de los siglos, la Iglesia ha sido mucho más que una institución religiosa. Ha sido constructora de historia y guardiana de la memoria. Desde los primeros cristianos que se reunían en las catacumbas, pasando por las grandes catedrales góticas de Europa, hasta los monasterios medievales donde se copiaban libros y se preservaba el conocimiento, la Iglesia dejó huellas visibles en casi todos los rincones del planeta. Pinturas, esculturas, cantos, poemas, muros de piedra, todos fueron lenguajes distintos de una misma fe que trataba de hacerse visible.

El historiador Jacques Le Goff decía que en la Edad Media la Iglesia tuvo un papel central en la forma en que las personas entendían el tiempo. A través del calendario litúrgico, las festividades, los santos y los ritos, la vida cotidiana se organizaba según un ritmo sagrado (Le Goff, 1960). No se trataba solo de rezar o asistir a misa, sino de vivir el tiempo con un sentido trascendente. De esta forma se entramaba la compleja relación de lo divino con lo humano, dándole sentido a cada momento, espacio y tiempo donde los templos y sus objetos toman forma y realidad.

Cuando las cruces comenzaron a ser parte cotidiana de la América conquistada, la espada y la cruz fue transformando el escenario cultural y mental del lugar. Se instalaba una nueva forma de relacionar lo duradero y lo que trasciende, el espacio y el tiempo y sobre todo de concebir lo real con el imaginario. Comenzó un diálogo de historias y cosmovisiones diversas que se fue materializando bajo las murallas silenciosas de parroquias y catedrales, las que albergaron las artes y expresiones de estos dos mundos.

En sus muros se cruzaron el barroco europeo y las tradiciones andinas, los símbolos cristianos y los motivos indígenas. Así nació lo que muchos llaman el “barroco mestizo”, una expresión que va más allá de la estética es la huella visible del encuentro, a veces armonioso y otras conflictivo, entre lo europeo y lo americano.

Un retablo dorado, una pintura con figuras locales, una talla en madera que representa a un santo con rasgos indígenas: todo eso revela cómo la fe se adaptó, cómo cambió y cómo logró echar raíces en una nueva tierra. En cada iglesia colonial puede leerse, si uno mira con atención, una historia de resistencia, de diálogo y también de imposición. No se puede separar lo espiritual de lo político, ni lo religioso de lo cultural.

El patrimonio eclesial, entonces, no es solo un conjunto de obras bellas. Sino es la materialización de realidades históricas, de cruces de tiempos colectivos e individuales, de construcciones de sociedades mixtas. Es la representación cultural de un pasado vivo impregnado de significados, de búsquedas de lo venidero y de respuestas a inquietudes que se escapan de lo racional, y se posan en sobrenatural. Son también construcciones que han albergado dolores y alegrías, rezos de esperanza y angustia, por lo que detrás de cada muro hay siglos de penitencias, de silencio, de arte y de vida compartida.

Hoy, más que nunca, este tipo de patrimonio necesita ser comprendido y cuidado. Mas que pieza de museos o resguardos gubernamentales, es identificar la esencia de la búsqueda del sentido de la vida, de lenguajes mimetizados en muros y frescos, de restos de un pasado lejano pero cercano, que nos sigue interviniendo desde su memoria.

b. Fe, arte y comunidad: el sentido espiritual del patrimonio eclesial

En tiempos donde el algoritmo es oráculo y la imagen efímera sustituye a la experiencia, hablar del patrimonio eclesial puede parecer una excentricidad arqueológica. Pero hay cosas que no se rinden al olvido tan fácilmente. Una iglesia vacía, incluso en silencio, no deja de hablar.

Aunque nadie se arrodille en sus bancos, aunque el incienso ya no perfume sus altares, aunque los cantos hayan cedido el eco a los drones turísticos, su arquitectura aún sostiene un sentido más profundo que la mera estética: una vocación de eternidad incrustada en piedra, madera y luz.

Hans Urs Von Balthasar lo dijo sin titubeos: “Sólo una teología bella, o sea, una teología que, alcanzada por la gloria Dei, logra a su vez hacerla resplandecer, tiene la posibilidad de incidir en la historia de los hombres, impresionándola y transformándola” (Von Balthasar, 1985, p. 15), por lo que la belleza tiene una función teológica. No se trata de un decorado piadoso, sino de una vía de acceso al bien y a la verdad. En otras palabras, la belleza no es un suplemento, sino un sacramento. Es epifanía. El arte sacro, entonces, no representa lo sagrado: lo encarna. No es ilustración, es iluminación.

De ahí que obras como la Capilla Sixtina no hayan sido concebidas para ser simplemente admiradas como una proeza pictórica. Miguel Ángel, al pintar a Adán extendiendo su mano hacia el Creador, no buscaba halagar los ojos de los cardenales, sino dramatizar el misterio mismo del origen humano. Los vitrales de Chartres no solo colorean la nave, narran con luz lo que no puede decirse con voz. Y las tallas en madera del sur chileno, realizadas con manos rústicas, pero espíritu místico, condensan siglos de sincretismo, resistencia y devoción popular. No hay aquí diferencia entre arte y liturgia: son la misma cosa bajo distinto ropaje.

Este vínculo entre lo bello y lo divino fue recuperado con claridad por el Concilio Vaticano II, cuya constitución *Sacrosanctum Concilium* (1963) señala que: “Entre las actividades más nobles del ingenio humano se cuentan, con razón, las bellas artes, principalmente el arte religioso y su cumbre, que es el arte sacro” (*Concilio Vaticano II*, 1963, cap. VII, n. 122). Lejos de reducir el arte litúrgico a una función didáctica o decorativa, el Concilio lo posiciona como un lenguaje capaz de hacer presente lo invisible. En un mundo cada vez más verborreico y menos comprensivo, el arte sacro sigue comunicando con silencios cargados de sentido.

Pero la iglesia no es solo una galería del espíritu. Es también un lugar concreto, físico, donde ocurre algo radicalmente humano: el encuentro. No es casual que, históricamente, el templo haya sido el centro neurálgico de pueblos, barrios y ciudades. Allí se celebraban no solo misas, sino también nacimientos, bodas, despedidas. Las campanas no marcaban simplemente la hora litúrgica, sino los ritmos de la vida social. En ese sentido, el patrimonio eclesial es una forma de memoria comunitaria. Un altar conserva más que santos: conserva lágrimas, promesas, secretos y gratitudes.

Pierre Nora acuñó el término “lugares de memoria” para referirse a esos espacios donde el pasado se hace presente, donde la historia adquiere espesor emocional (Nora, 1984). Una iglesia —sea barroca o de adobe, románica o moderna— es precisamente eso: un nodo de significados que atraviesa generaciones. No es un objeto del pasado, es un sujeto de la memoria. Desaparecer una iglesia no es solo demoler una construcción; es amputar un relato compartido.

Y, sin embargo, el riesgo es inminente. El olvido no necesita incendios ni terremotos: basta con la indiferencia. Muchas iglesias hoy son recicladas como cafés conceptuales, centros culturales o sets de moda. Algunas sobreviven como museos estáticos, otras como fondos de pantalla devocionales en redes sociales. Se las mantiene de pie, sí, pero vacías de espíritu. La paradoja es brutal: conservar la forma, pero perder el alma.

¿Cómo evitar que el patrimonio eclesial se momifique? ¿Cómo conjugar conservación con vida? La respuesta no está en replicar devociones del pasado como si fueran coreografías, sino en reactivar el sentido comunitario de estos espacios. Que una iglesia vuelva a ser lo que fue: un

lugar donde lo trascendente se mezcla con lo cotidiano. Donde el arte no es lujo, sino alimento. Donde la fe no es doctrina abstracta, sino experiencia compartida.

Eso implica una tarea colectiva. Teólogos, arquitectos, historiadores del arte, líderes comunitarios, creyentes y no creyentes: todos tienen algo que decir — y sobre todo, algo que escuchar— cuando se trata de custodiar un legado que no pertenece a una sola época ni a una sola confesión. Porque el patrimonio eclesial, aunque nacido de la fe, pertenece ya a la humanidad entera. Su valor no es solo religioso: es simbólico, cultural, antropológico.

Las iglesias son, en su mejor versión, como árboles centenarios: dan sombra, aunque no siempre sepamos quién las plantó. Y aunque algunos quieran ver en ellas solo ruinas del pasado, siguen siendo promesas del porvenir. Resisten no porque se nieguen a morir, sino porque siguen teniendo algo que decir. Y quizás, si nos detenemos lo suficiente, todavía podamos escucharlo.

c. El alma de las piedras: cómo la Iglesia recuerda para seguir viva

En tiempos donde todo parece correr hacia el olvido —basta ver cómo envejecen las redes sociales—, hay instituciones que insisten, con una terquedad casi poética, en recordar. Pero no recordar como quien desempolva una foto vieja y suspira. No. Recordar como quien reconstruye una casa derruida para habitarla de nuevo. Ahí, entre muros gastados y rituales rescatados del desván de la historia, se juega una de las tensiones más profundas de nuestro tiempo: ¿cómo hacer que el pasado no pese como un cadáver, sino que aliente como un soplo?

Paul Ricoeur, con su habitual elegancia filosófica, ya nos había advertido: la memoria no es un archivo, es una relectura (Ricoeur, 2003, pp. 90-110; 210-240). Como un lector que vuelve a una novela años después y descubre en ella frases que antes no existían —porque en realidad el que ha cambiado es él—, así las comunidades releen su historia. El pasado no es un mármol inerte, es más bien arcilla: se moldea a cada generación, se calienta con el fuego de lo presente. La memoria, en este sentido, es una artesana inquieta.

Esto se vuelve especialmente evidente en el caso del patrimonio eclesial, ese universo de templos, procesiones, imágenes y canciones que parecen detenidas en el tiempo, pero que en realidad laten. Porque si hay algo más vivo que una iglesia restaurada no es su fachada, es la comunidad que vuelve a entrar en ella. Cuando se reconstruye un altar, se reconstruye también una genealogía: cada piedra colocada dice “aquí seguimos”, como si las generaciones anteriores soplaran desde el pasado para decir: “esto todavía importa”.

La América Latina que lleva siglos danzando entre el incienso y las rogativas a la madre tierra conoce bien este fenómeno. Las fiestas patronales, esas explosiones de color donde la fe se mezcla con el maíz, el aguardiente y los fuegos artificiales, no son simples homenajes al pasado. Son reactivaciones —como bien señala Ricoeur—: formas de volver a encender la chispa ancestral en el corazón de un presente que a veces amenaza con olvidarse de sí mismo (Ricoeur, 2003, pp. 40-45). Porque una comunidad que baila junta no solo celebra a su santo, también se reconoce a sí misma como cuerpo vivo, como historia que aún late.

Y, sin embargo, como toda llama, esta memoria viva genera también sombras. La restauración del patrimonio religioso no es un acto inocente. Cada intervención —¿pintamos la fachada con cal o con acrílico? ¿convertimos el convento en museo o lo dejamos para retiros espirituales? — abre grietas entre la nostalgia y la utilidad, entre la fidelidad al pasado y las urgencias del presente. Porque no hay restauración sin decisión, y no hay decisión sin ideología.

Aquí se impone una antítesis aguda: conservar no es congelar, pero adaptar tampoco es traicionar. ¿Puede una iglesia ser sala de conciertos y seguir siendo templo? ¿Se puede hacer

turismo sin convertir lo sagrado en espectáculo? Hay quienes claman por la autenticidad histórica como si fuera una reliquia sagrada, y otros que exigen accesibilidad y usos contemporáneos como si lo eterno pudiera (o debiera) caber en los horarios de Google Calendar.

Françoise Choay nos recuerda, con lucidez, que el patrimonio es siempre una invención del presente (Choay, 2007). Lo que decidimos preservar no dice tanto del pasado, sino de nosotros mismos: de nuestras heridas, de nuestras aspiraciones, de nuestras ausencias. Quizá por eso algunas comunidades restauran iglesias como si fueran tumbas —para honrar lo que ya no está— y otras lo hacen como quien reabre una herida —para dejar entrar aire nuevo.

Y es que, en el fondo, el patrimonio eclesial no es solo piedra, ni solo símbolo. Es un campo de batalla donde se cruzan la memoria y la esperanza, donde lo trascendente se mide con lo cotidiano. Allí, lo sagrado no sobrevive por inercia, sino porque alguien decide, activamente, volver a creer. Porque una fe que no se reinventa es una fe que se disuelve. Y cada vez que una comunidad enciende velas bajo un techo recién restaurado, está diciendo: el pasado no ha terminado de hablar. Recordar, entonces, no es mirar atrás. Es abrir una ventana. Porque hay recuerdos que no están hechos para ser archivados, sino para ser vividos. Como esas iglesias que, tras siglos de silencio, vuelven a resonar con cantos nuevos sobre ecos antiguos.

d. Entre la secularización y la develación del patrimonio eclesial en el mundo contemporáneo

Las puertas de las iglesias cerradas, monumentos vacíos, las pisadas se escuchan como ecos que retumban en oídos ausentes. Caen tenues luces desde los vitrales invitándonos a observar la magnificencia de sus imágenes, las velas apagadas, nadie está presente solo los recuerdos de tiempos de misas y rogativas a lo alto. El Cristo sobre el altar con su rostro lacerante y su cuerpo descubierto en la entrega del pecado de todos. Espacio desierto, deshabitado entregado a la observancia de la belleza imperante, tal cual museo, pero con una profunda tristeza. En todo el orbe muchos templos ya no albergan los “padres nuestros”.

Cabe preguntarnos: ¿Qué ocurre cuando lo sagrado deja de ser vivido, pero sigue siendo visto? Vivimos en un tiempo en que la secularización ya no es una amenaza temida sino un hecho cotidiano. Las religiones no han desaparecido, pero su lugar en la vida pública y en la organización social se ha reducido notablemente (Casanova, 1994). En ciudades de Europa y América Latina, el cierre de parroquias, la escasez de vocaciones y la caída de la asistencia a celebraciones religiosas han dejado una consecuencia visible: iglesias cerradas, conventos vacíos, santuarios que sobreviven como puedan.

Y, sin embargo, esos espacios no han desaparecido del todo. Algunos han sido adoptados por el turismo, por la cultura, por el arte. Se convierten en salas de conciertos, en galerías temporales, en destinos para *selfies* y visitas guiadas. El edificio permanece, pero ¿permanece también su sentido? Cuanto más admiramos su arquitectura, parece que más se diluye su función espiritual. El templo, más que lugar de oración, se vuelve postal. Giovanni Pizzorusso ha planteado que haría falta una “teología del espacio” que permita entender que lo sagrado no desaparece simplemente porque cambian los usos. A veces, la memoria litúrgica queda flotando en los muros, esperando ser despertada (Pizzorusso, 2017).

En este nuevo escenario, surgen preguntas inevitables, incómodas incluso: ¿Puede un templo seguir siendo templo si nadie reza en su interior, si sus muros ya no escuchan plegarias ni guardan silencios sagrados? ¿Tiene sentido —o acaso legitimidad— arrancarle su sacralidad para convertirlo en un espacio funcional, al ritmo vertiginoso de la cultura contemporánea? Y en medio de ese vaivén entre lo espiritual y lo práctico, ¿cómo encontrar un equilibrio que no traicione su alma, pero tampoco le cierre las puertas al presente?

La iglesia de la cristiandad es la base del mundo occidental, es el cimiento valórico del quehacer histórico de gran parte de la tierra, pero también con la voluntad y la racionalidad elementos claves para entender esta religiosidad, el hombre se aleja y hasta niega esta relación virtuosa. Por lo que las inquietudes planteadas son discusiones no etéreas, sino que tienen consecuencias concretas, éticas, económicas y simbólicas. La UNESCO (2022), en sus recientes lineamientos, insiste en que la conservación del patrimonio religioso debe involucrar activamente a las comunidades, no solo a los técnicos o gestores del turismo. Un templo sin comunidad es como un cuerpo sin voz.

El caso de Notre-Dame de París, tras el incendio de 2019, mostró cuán compleja puede ser esta tensión. Habilitar ese espacio sacro, por una parte, fue una obra de arquitectura y de ingeniería y por otra una discusión cultural, histórica y filosófica. ¿Se debía replicar cada piedra exactamente como era, o aprovechar la oportunidad para innovar? ¿Qué papel jugaban los modelos digitales y la inteligencia artificial en esa reconstrucción? ¿Podía seguir siendo un lugar sagrado si había sido reconstruido con tecnología del siglo XXI? (Chastel, 2020). Pero la gran pregunta de fondo nos interpelaba como generación ¿Qué conservamos: la forma o su fondo el espíritu? Dicha inquietud sigue latente en todo el mundo, iglesias con baja asistencia dominical son “rescatadas” con proyectos culturales. Algunas lo logran sin perder su alma, en cambio otras se vacían del espíritu y se convierten en mudos testigos de tiempos idos. Y por último algunos de estos edificios se restauran para ser ocupados como bares, restaurant, o lo que el ingenio otorgue. Estamos claros que ningún enfoque tiene la verdad completa. Se trata, quizás, de mantener una conversación abierta entre fidelidad y reinvencción.

Hoy más que nunca, el patrimonio eclesial es una encrucijada. Es un laberinto que no tiene una sola salida, ya que, si enajenamos el patrimonio religioso y lo legamos al signo del tiempo posmoderno, dejaremos más que un edificio vacío, sino un territorio donde se cruzan la fe, la cultura, la identidad y la memoria.

Inteligencia artificial y humanidades digitales: entre la mística del algoritmo y la memoria del espíritu

Cuando Gutenberg imprimió su primera Biblia, no sabía —no podía saber— que, siglos después, la memoria de lo sagrado sería procesada por máquinas incapaces de creer. Hoy, las inteligencias artificiales escudriñan textos litúrgicos como si fueran códigos genéticos; desentrañan símbolos que los fieles interpretaron con lágrimas, incienso y temblores. Ironías del progreso: ahora es un algoritmo quien intenta traducir lo inefable.

La inteligencia artificial no solo ha irrumpido en el presente como un artefacto de ciencia ficción hecho costumbre, sino que ha alterado —de manera sigilosa, casi mística— la forma en que entendemos nuestra relación con el pasado. No es solo una herramienta: es una nueva manera de preguntar. Y en las humanidades digitales, esa pregunta es profundamente ontológica. ¿Qué significa “recordar” cuando lo hace una máquina? ¿Qué es “comprender” cuando un modelo estadístico identifica patrones donde antes solo veíamos milagros o mitos?

Las humanidades digitales son, en este contexto, una suerte de cruce de caminos entre la arqueología de la sensibilidad y la ingeniería del sentido. No es casual que confluyan en ellas disciplinas que durante siglos hablaron lenguajes distintos: teólogos y programadores, historiadores y diseñadores, estetas y científicos de datos. Como en un nuevo Pentecostés, todos parecen entenderse, aunque hablen en lenguajes que a veces apenas se rozan.

El patrimonio eclesial ofrece un campo de experimentación especialmente revelador. Lo simbólico de los textos a digitalizar, lo espiritual de las máximas a cuidar y sobre todo lo sagrado como elemento referente de creencias perdidas en los tiempos de la humanidad, sin en sí un marco referencial absolutamente interpretable desde la inteligencia humana. En cambio, la IA

conserva, traduce bajo códigos lógicos, pero no siente en lo profundo la dinámica del saber en la fe, lo que la vuelve ajena y distante.

Traer al presente pinturas y murales utilizando redes neuronales, la recreación de imágenes de lugares sacros desaparecidos o la música encriptada en la lógica de la modelación matemática tienen en sí mucho valor. Pero también invitan a una forma nueva —y quizás incómoda— de reverencia. Debido a la evocación que puede generar la máquina de músicas, templos y frescos nos hace reencontrarnos con la realidad desde la ficción y por lo tanto puede confundir o invitarnos a quedarnos ahí en la invención asumiendo realidades. Por tanto ¿cómo no caer en la sinuosa llamada de las valquirias?

Sin duda, al pasar el tiempo la penetración de IA en los confines de la especie humana, con sus códigos y realidades creadas, con sus respuestas desde lo anhelado, nos conducirán inevitablemente a plantearnos de forma distinta a lo espiritual, donde la soledad graficará la ausencia de lo esperado, el silencio de la creencia y sobre todo la ansiedad de preservar las manifestaciones humanas y no los tipos de realidades creadas desde la IA. Todo fundido en un miedo a no perder la esencia de lo humano, recordar.

Quizás por eso las humanidades digitales no son simplemente un “puente” entre la técnica y la cultura. Son, más bien, un campo de batalla donde se enfrentan dos formas de tiempo: el crono del algoritmo y el Kairós del símbolo. Y en ese enfrentamiento, lejos de anularse, se fecundan. Porque lo digital no mata al espíritu: lo interroga, lo empuja, lo obliga a hacerse carne de nuevo —aunque sea en píxeles.

a. Humanidades digitales y revolución epistemológica: entre el cálculo y la cruz

Hay algo profundamente irónico —y revelador— en el hecho de que los monjes que antaño copiaban a mano los manuscritos sagrados, uno por uno, con una paciencia que desafiaba la ansiedad moderna, hoy tendrían que aprender Python para conservar su legado. El paso de la “cultura de la lectura” a una “cultura del cálculo”, como bien señala Frédéric Kaplan, no es solo un cambio de herramientas, sino de horizonte simbólico: el mundo ya no se interpreta únicamente, también se modela, se predice, se simula (Kaplan, 2015). Y lo hace una nueva clase de escribas: los algoritmos.

Las humanidades digitales, entonces, no son simplemente un barniz de alta tecnología sobre viejas disciplinas: son un terremoto epistemológico. Reescriben el contrato entre el pasado y su interpretación, entre el texto y quien lo lee. Lo que antes era tarea del exégeta, del historiador o del teólogo, ahora se comparte con inteligencias que no tienen fe, pero sí memoria; que no creen, pero reconocen patrones con una precisión casi mística. La figura del investigador se transforma: ya no es solo un intérprete del sentido, sino un coreógrafo de datos, un interlocutor con máquinas que —como oráculos posmodernos— ofrecen respuestas probabilísticas en lugar de verdades reveladas. Aquí, el verbo se hace código.

Y en este escenario, la Iglesia —esa institución milenaria acostumbrada a resistir imperios, revoluciones e iluminismos— se encuentra ante un dilema tan apasionante como delicado: ¿cómo mediar entre el Logos y el algoritmo? Porque si, como afirman Kissinger, Schmidt y Huttenlocher (2021), la inteligencia artificial transformará el modo en que pensamos sobre el pensamiento mismo, entonces no se trata solo de adaptar el patrimonio eclesial a nuevos formatos digitales, sino de reformular las condiciones mismas de su transmisión.

En otras palabras: si la fe se ha transmitido siempre a través de signos —palabras, imágenes, rituales—, ¿por qué no podría hacerlo también a través de redes neuronales profundas? ¿Por qué no imaginar una IA que, más que reproducir datos, acompañe procesos de búsqueda espiritual, de acceso a la memoria común, de resignificación del misterio?

Por supuesto, hay peligros. Digitalizar lo sagrado no es lo mismo que comprenderlo. Y reducir una tradición viva a un conjunto de metadatos puede convertirse en un nuevo tipo de iconoclasia: sutil, eficiente, higiénica. Pero negarse a dialogar con estas tecnologías sería como rechazar la imprenta por considerarla profana. No es la herramienta la que determina el sentido, sino el uso —y el espíritu con que se usa.

Así, la Iglesia se encuentra, una vez más, entre la antítesis fundacional que la define: entre el misterio y la razón, entre el dogma y la duda, entre el pergamino y el procesador. Y como tantas veces en la historia, su capacidad de adaptarse sin diluirse será la clave para convertir este cambio de era en una nueva oportunidad de encarnación cultural.

b. De la custodia manuscrita al archivo algorítmico: la inteligencia artificial como nuevo monje del tiempo

Durante siglos, la Iglesia entendió que custodiar el conocimiento era un acto de fe tanto como de razón. Un gesto de resistencia ante el olvido, y también una forma de teología silenciosa: escribir era orar con tinta. En los *scriptoria* benedictinos, los monjes copiaban libros como si tallaran piedras preciosas en la oscuridad del mundo, sabiendo —o tal vez sospechando— que cada línea preservada era una chispa contra la entropía. Como recordaba Umberto Eco (1988), esos claustros no solo transcribían saberes: los resguardaban de la barbarie con una devoción que combinaba disciplina y mística.

Hoy, esa tarea no ha desaparecido. Ha mutado de forma y de medio. Lo que antes fue pergamino, ahora es código binario. El papel fue suplantado por la nube, el estante por el servidor, y el amanuense por un sistema de aprendizaje profundo entrenado para descifrar glosas marginales en latín medieval. El *Vatican Apostolic Archive Digitization Project*³ es prueba de ello: una colosal empresa de preservación donde millones de páginas que yacían olvidadas en la penumbra son clasificadas, transcritas y hasta traducidas por inteligencias que nunca pisarán una catedral.

Y, sin embargo, ¿no es esto una continuidad más que una ruptura? La vocación de la Iglesia por preservar el saber se proyecta hoy a escala global y con precisión milimétrica. Lo que antes requería décadas de trabajo monástico, ahora se procesa en horas. Iniciativas como el *Fragmentarium* —con su capacidad para reunir, cual rompecabezas litúrgico, fragmentos de códices dispersos por bibliotecas y colecciones privadas— nos enfrentan a una imagen poderosa: los algoritmos como nuevos recolectores de la historia, piezas invisibles que rearmen la trama desgarrada del tiempo.

Pero no nos engañemos. Por muy impresionantes que sean estas tecnologías, no pueden recordar por nosotros. Pueden indexar, comparar, restaurar. Pueden, incluso, “predecir” lo que falta en un documento dañado. Pero no pueden llorar ante una anotación manuscrita, ni estremecerse por una metáfora bíblica. La advertencia de Ricoeur (2003) resuena aquí con fuerza profética: la memoria necesita de un sujeto que recuerde. Sin conciencia, el archivo es solo un cementerio de bits.

Automatizar el acceso al patrimonio no significa comprenderlo. Y digitalizar el alma de un pueblo sin la intención de mirarla con reverencia puede terminar en un simulacro. La antítesis es clara: entre el archivo algorítmico, rápido y eficiente, y la memoria encarnada, lenta y conflictiva, se abre una tensión productiva. Porque solo cuando la máquina y el ser humano dialogan —cuando el algoritmo se pone al servicio de la interpretación, no de su reemplazo— la historia puede cobrar nueva vida.

³ <https://www.vaticanlibrary.va/en/home.php>

Y quizás ese sea el verdadero desafío: que los nuevos custodios digitales no se limiten a repetir la letra, sino que escuchen el espíritu. Como los monjes de antaño, pero con chips en vez de plumas fuentes.

c. Restauración, reconstrucción y recreación: la inteligencia artificial como nuevo aprendiz de Dios

Cuando la Catedral de Notre Dame ardió en 2019, no solo se consumieron vigas centenarias y vitrales medievales: ardió también una parte del imaginario colectivo europeo, ese que asocia piedra y eternidad, arquitectura y plegaria. Sin embargo, apenas se apagaron las brasas, surgió una paradoja: fue una inteligencia no humana la que ofreció el consuelo más tangible. Gracias a escaneos láser previos y a modelos tridimensionales generados por Dassault Systèmes y Heritage on the Cloud, cada gárgola, cada arco ojival, cada secreto del pináculo pudo ser recreado con una precisión que ni los constructores góticos habrían soñado. Según la UNESCO (2022), fue un hito: el alma de un templo rescatada por la frialdad del cálculo.

He aquí una de las antítesis más fascinantes de nuestro tiempo: el arte sacro —nacido para invocar lo inefable— restaurado por máquinas que no conocen la trascendencia. Lo que en otra época se habría considerado milagro, hoy se llama escaneo en alta resolución. Pero la pregunta persiste, latiendo bajo cada píxel: ¿puede el espíritu habitar una reconstrucción digital? Como si el ojo de Dios hubiese adoptado la forma de un software que nunca parpadea. En América Latina, sensores alimentados por IA monitorean en tiempo real el nivel de humedad en catedrales coloniales —la basílica del Salvador en Santiago, la de Lima— anticipando el deterioro antes de que la historia se agriete.

Estas nuevas realidades marcan una nueva era de conservar preventivamente. Así, la IA es la custodia invisible de visiones que nacen de lo real y de especulaciones de lo que pudo a ver sido. Y es ahí donde surge una inquietud que no es solo estética, sino metafísica. ¿Sigue siendo “auténtica” una obra que ha sido intervenida por una máquina? Porque sabemos muy bien que puede devolvernos el color exacto de un fresco bizantino, pero no puede devolvernos la mano temblorosa del artista ni el temblor del devoto que rezó frente a él.

A esta altura cabe ya preguntarse: ¿puede haber espiritualidad en el algoritmo? ¿Puede una red neuronal entender —aunque sea por aproximación— la función simbólica de una cruz, el eco sagrado de un icono? Posiblemente no. Pero tal vez su papel no sea entender, sino servir. La IA, como los aprendices mudos del taller renacentista, puede colaborar sin comprender del todo. Puede ofrecer herramientas sin apropiarse del sentido. La clave está en quién sostiene el pincel simbólico. Si la inteligencia artificial es una extensión del deseo humano de preservar lo sagrado, entonces su uso es legítimo. Pero si se convierte en protagonista, si sustituye la experiencia por la simulación, corremos el riesgo de sustituir el misterio por la réplica. De confundir lo divino con lo perfecto. Porque el arte sacro no aspira a la exactitud, sino a la presencia. Y eso —con todos sus errores, vacíos e imperfecciones— sigue siendo territorio exclusivo del alma humana.

d. Mediaciones digitales y nuevas experiencias de lo sagrado

La inteligencia artificial ya no es solo un oráculo de datos o una herramienta archivística: es, cada vez más, un nuevo tipo de escriba, un traductor posmoderno del misterio. Conserva el patrimonio, sí, pero también lo reinterpreta y lo comunica con una soltura que antes pertenecía exclusivamente al teólogo, al artista o al liturgo.

Gracias a la realidad aumentada, la simulación inmersiva y la traducción automática, el patrimonio eclesial ha dejado de estar confinado a vitrinas, naves o bibliotecas oscuras. Hoy es posible recorrer templos, capillas y obras de arte sacro en entornos tridimensionales, sin pasar

por el cuerpo, sin pagar entrada ni encender una vela. Museos virtuales como el *Vatican Museum Online* o las reconstrucciones digitales de las misiones jesuíticas del Paraguay funcionan como puertas abiertas a otra forma de espiritualidad: una espiritualidad sin geografía ni solemnidad, pero con alta definición y navegación intuitiva.

Este acceso globalizado, naturalmente, tiene un carácter profundamente democratizador. Lo que antes exigía un viaje, una preparación o una iniciación, ahora está disponible en pocos segundos. El conocimiento se vuelve horizontal, y la experiencia religiosa, potencialmente, más inclusiva. Ya no importa si vives en Roma o en Resistencia, si eres teólogo o turista digital: todos pueden “entrar” al mismo tiempo, sin colas ni jerarquías.

Pero con la apertura viene el vértigo. Porque estas mediaciones no solo expanden el acceso: también transforman la experiencia espiritual en sí misma. En una era en que la cultura de la inmediatez domina la percepción —esa fiebre por lo instantáneo, lo controlable, lo digerible—, la IA reconfigura la relación del creyente con tres coordenadas fundacionales de lo sagrado: el tiempo, el espacio y la memoria. El tiempo, que antes se regía por el calendario litúrgico o por el ritmo lento de los rituales, ahora se adapta al scroll. El espacio, que confería densidad simbólica al templo, se convierte en interfaz. Y la memoria, que vivía en la transmisión oral y el objeto ritual, queda depositada en bases de datos, a disposición del algoritmo más persuasivo.

Así, el peregrino virtual puede “visitar” Tierra Santa desde su salón, sin rozar el calor de las piedras ni soportar el bullicio de los bazares. Puede asistir a una misa transmitida por holograma, o meditar —si esa es la palabra adecuada— frente a una réplica digital del *Cristo de Velázquez*, sin oler el barniz ni experimentar el silencio de un museo real. La pregunta es inevitable: ¿Puede esta experiencia digital ser una forma auténtica de encuentro con lo sagrado?

Hans Urs Von Balthasar (1985), siempre atento a los matices entre forma y fondo, sostenía que la belleza es el resplandor de la verdad y que toda obra artística que remite a lo divino mantiene su poder epitáfico incluso cuando cambia su soporte. En esta línea, podría afirmarse que la IA, bien utilizada, no destruye lo sagrado: lo amplifica, lo traduce, lo abre a nuevas sensibilidades. Pero hay una condición implícita, casi olvidada en el entusiasmo tecnófilo: la intención. Cuando la tecnología se pone al servicio del símbolo, lo potencia. Pero cuando lo reemplaza, lo profana. Como quien cambia un cáliz por una taza térmica: puede que el líquido sea el mismo, pero algo del rito se ha perdido para siempre.

El riesgo, como advertía Sherry Turkle (2011), es que el dispositivo sustituya la experiencia simbólica por la mera contemplación técnica. Que pasemos de la veneración a la visualización. De la comunión al consumo. Porque no basta con mirar lo sagrado: hay que entrar en él. Y esa entrada, por definición, exige renuncia, tiempo, presencia. Ver un retablo en 8K no es lo mismo que sentir el temblor de una oración dicha en penumbra. Asistir a una misa por streaming no implica necesariamente habitar la liturgia. La interfaz es limpia, pero aséptica. Y lo sagrado — como la carne— necesita fricción, peso, imperfección.

Claro que no todo es condena ni nostalgia. La tecnología también puede ser una nueva vía de encarnación. En manos sabias, puede ayudar a revelar el misterio a quienes nunca habrían cruzado una puerta de iglesia. Puede facilitar el acceso a archivos que iban a quedar en el confín del tiempo. Puede traer al presente rogativas y cantos de otros lustros y recrear retablos sepultados por desastres naturales o humanos (Castillo Navasal, 2001).

Y en ese sentido, la IA no es neutra: puede educar o distraer, invocar o entretener. Puede ser una epifanía... o un espejismo. Por eso, la pregunta más urgente tal vez no sea si la IA puede reproducir lo sagrado, sino si aún somos capaces de reconocerlo cuando aparece con nuevos ropajes.

e. Entre la técnica y la trascendencia: hacia una hermenéutica tecno-teológica

La inteligencia artificial entra a las iglesias sin pedir permiso. Y no lo hace por herejía, sino por evolución. Si durante siglos la fe dialogó con el arte, la filosofía o la política, hoy le toca sentarse a conversar con lo que podríamos llamar, sin exagerar, el nuevo demiurgo contemporáneo: el algoritmo. Y en ese cruce inquietante entre el archivo y el alma, se impone una tarea tan urgente como compleja: desarrollar una hermenéutica tecno-teológica. Es decir, una forma nueva de leer —y vivir— la revelación en tiempos de datos. Una interpretación que no escape de la técnica como si fuera una tentación demoníaca, pero que tampoco la abrace ciegamente como si fuera un nuevo evangelio.

Porque, como bien advierte el teólogo José María Mardones (1994), la tarea teológica contemporánea no consiste en rechazar la modernidad, sino en discernir las nuevas formas de presencia de Dios en la historia tecnológica del ser humano. Una afirmación tan provocadora como luminosa: Dios no ha dejado de hablar; simplemente ha cambiado de frecuencia. Y tal vez, hoy más que nunca, el Espíritu también se mueve entre servidores, redes neuronales y bibliotecas digitales.

¿Significa eso que la IA es un instrumento providencial? Potencialmente, sí. Siempre que esté al servicio del bien común, de la educación, de la memoria viva y no del espectáculo ni del consumo vacío. “La inteligencia artificial será cada vez más importante. Los desafíos que plantea no son sólo técnicos, sino también antropológicos, educativos, sociales y políticos... Es necesario ser conscientes de las rápidas transformaciones que están ocurriendo y gestionarlas de modo que se puedan salvaguardar los derechos humanos fundamentales, respetando las instituciones y las leyes que promueven el desarrollo humano integral” (Francisco, 2024, p. 4). Si llevamos esas palabras al ámbito patrimonial es una invitación a tener una permanente y continua atención a lo espiritual, ya que, las herramientas digitales deben servir a la fe, no reemplazarla; facilitar la contemplación, no saturarla; ampliar la comprensión del misterio, no disolverlo en efectos especiales.

Porque hay una diferencia sustancial entre mostrar una custodia de oro en 360° y propiciar un momento de adoración. Entre comprender la maravillosa experiencia en verdad que encierra un código del medioevo y solo quedarse con su digitalización. Entre participar de la eucaristía que vería por alguna plataforma. Lo que nos denota la realidad de un hecho ineludible, la tecnología puede ayudar a ser más visible lo sagrado, pero no siempre lo hace vivible.

Aquí se revela una antítesis inquietante: lo que acerca también puede alejar. Lo que ilumina, si no se filtra con discernimiento, puede deslumbrar hasta cegar. Por eso, más que nunca, se necesita una teología que no solo interprete la fe, sino que sepa leer sus nuevas mediaciones digitales con profundidad simbólica. Que entienda que el código binario también puede transmitir sentido... si no se olvida del Verbo encarnado.

Al final del camino, este diálogo entre liturgia y datos, entre altar y servidor en la nube, no es tan antinatural como parece. La relación entre razón y fe —como recordaba Juan Pablo II (1998)— constituye “las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad.” (*Fides et Ratio*, n. 1). Y, si es así, entonces la IA podría ser una extensión técnica del ala racional, un nuevo instrumento para alzar el vuelo... siempre que no olvidemos que el viento que impulsa ese vuelo no nace del código, sino del misterio.

Entre algoritmos y altares: desafíos éticos, teológicos y epistemológicos de la inteligencia artificial aplicada al patrimonio eclesial

La humanidad, criatura barroca donde la haya —capaz de orar y programar con la misma mano que antes esculpía vírgenes o encendía hogueras— ha alcanzado la extravagancia

suprema: dotar a la materia inerte de una lógica que imita el pensamiento. Y lo ha hecho con una mezcla de orgullo prometeico y candidez adolescente, construyendo inteligencias artificiales que piensan sin creer, calculan sin contemplar y simulan sin sufrir.

En su incesante afán por comprenderlo todo —desde la estructura del ADN hasta el rostro de Dios en un retablo gótico, pasando por la textura del alma en un archivo de audio— el ser humano ha liberado a la inteligencia artificial de sus jaulas técnicas para colocarla, sin pudor ni preparación, frente a los muros sagrados de sus catedrales. No como visitante reverente, sino como interlocutora con voz propia.

El resultado, digámoslo con franqueza, es tan fascinante como profundamente inquietante. Aplicar inteligencia artificial al patrimonio eclesial es, en el mejor de los casos, una operación quirúrgica con manos de robot: puede reconstruir el cuerpo, pero no sabe del alma. En el peor, es como invitar a un reloj suizo a interpretar una sinfonía: seguirá el compás con precisión matemática, pero jamás captará el sentido del silencio, ese intervalo cargado de presencia que define toda experiencia de lo sagrado.

Y, sin embargo, aquí estamos. Celebrando con entusiasmo tecnocrático la reconstrucción virtual de Notre Dame como si fuera una resurrección. Aplaudiendo algoritmos que predicen la autoría de códices medievales mejor que un paleógrafo avezado. Multiplicando modelos 3D que permiten recorrer la Capilla Sixtina desde donde estes, con un clic. ¿Milagro moderno? Tal vez. Pero no deja de ser curioso que cuanto más fiel es la imagen, más se aleje de la experiencia real.

La paradoja es inevitable: cuanto más sofisticada la técnica, más profunda la pregunta. ¿Qué se gana realmente cuando se puede digitalizar lo sagrado? ¿Y qué se pierde cuando se lo reduce a bytes? La inteligencia artificial ha permitido preservar, difundir y analizar como nunca. Pero también ha abierto la puerta a una nueva forma de profanación: la descontextualización estética, la trivialización devocional, la espectacularización de lo eterno. Porque no basta con escanear una catedral para comprenderla. Ni con traducir un salmo para rezarlo. Ni con restaurar un fresco para volver a la fe.

La pregunta, entonces, no es si debemos usar la IA en el ámbito eclesial —eso ya es inevitable— sino cómo, para qué y desde dónde. Y, sobre todo, a qué precio espiritual se compra esta eficacia técnica. ¿Puede un archivo conservar el temblor de una plegaria? ¿Puede una simulación en 4K sostener la gravedad simbólica de una misa real? ¿Y quién decide cuándo un dato se transforma en dogma, o una imagen en ídolo?

Estas preguntas no son accesorias. Son esenciales. Porque nos obligan a pensar no sólo en lo que hacemos, sino en lo que somos. Y porque colocan al ser humano, una vez más, frente al espejo de su propia creación, como en los relatos más antiguos de la Biblia. Ahí donde la técnica se convierte en tentación, y la sabiduría en discernimiento.

La IA no es el nuevo demonio, pero tampoco es el nuevo ángel. Es, simplemente, un reflejo amplificado de nuestra inteligencia... y de nuestras carencias. Como una vidriera iluminada desde adentro, revela tanto la belleza de lo humano como sus grietas más profundas.

Y frente a eso, el patrimonio eclesial —más que un archivo o un museo— es un testigo: de fe, de historia, de comunidad. No puede ser tratado como un simple objeto a digitalizar, sino como un espacio vivo de sentido. Si lo reducimos a su imagen, lo perdemos.

a. Ética entre la custodia espiritual y la banalización digital

El primer desafío es tan viejo como el fuego: cómo usar el poder sin pervertir el sentido.

La preocupación ya está sobre la mesa y como explica Marcial Sánchez Gaete (2025) “En 2024, se establecieron las normativas que rigen la armonización de la IA en la UE (Unión Europea), cuyo objetivo principal fue crear un marco jurídico uniforme para el desarrollo, la comercialización y el uso de sistemas de esta tecnología. Dicho marco garantiza que la IA está centrada en el ser humano y que sea fiable, y que asimismo proteja la salud, la seguridad y los derechos fundamentales, incluyendo la democracia y el medio ambiente.” (p.211)

Prometeo robó la llama a los dioses para iluminar al hombre, pero también encendió con ella la posibilidad de la destrucción. La inteligencia artificial aplicada al patrimonio eclesial comparte ese doble filo: promete preservar la memoria sagrada para las generaciones futuras, pero corre el riesgo —si se maneja sin criterio— de reducir lo trascendente a simple entretenimiento de alta resolución.

La ironía es palpable: una tecnología diseñada para registrar con precisión milimétrica la textura de una piedra bautismal puede, paradójicamente, vaciar de sentido ese mismo símbolo si lo separa de su contexto vital. La misma IA que permite analizar la iconografía de un retablo barroco con asombrosa fidelidad visual puede, en cuestión de segundos, transformarlo en una postal animada con música de fondo para una aplicación turística. El problema no está en el código, sino en la mirada que lo dirige.

Martin Heidegger (1954/1994), en su reflexión sobre la técnica, ya advertía que el peligro no radica en la herramienta en sí, sino en el modo de revelación que impone. La técnica moderna, decía, convierte el mundo en “fondo de reserva” (*Bestand*), es decir, en algo disponible, útil, explotable. Lo que antes era objeto de contemplación y asombro —una reliquia, una imagen, un canto gregoriano— se transforma en recurso visual, en dato descargable, en “story” de Instagram con filtro sacro. Así, lo sagrado, que exige silencio, devoción y tiempo, se ve arrastrado al ritmo vertiginoso del scroll.

El templo virtual ya no convoca a la oración, sino al turismo; la reliquia digitalizada ya no custodia la memoria de los mártires, sino que adorna catálogos online. Lo eterno se transforma en tendencia. Lo espiritual, en estética. Pero sería ingenuo, o peor, reaccionario, pensar que la solución consiste en rechazar las nuevas tecnologías por completo. Eso equivaldría a prohibir la imprenta por temor a Lutero o el cine por miedo a Pasolini. La tecnología y en especial la IA como creación humana dependerán en lo esencial, en discernir adecuadamente su uso.

Aquí es donde la ética entra en escena no como freno, sino como brújula. Hans Jonas (1995), en *El principio de responsabilidad*, propone un imperativo adaptado a nuestro tiempo: “obra de tal modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida auténticamente humana en la Tierra” (p.47). Aplicado al contexto eclesial, podríamos reformularlo así: obra de tal modo que la digitalización del patrimonio no oscurezca su sentido espiritual, sino que lo potencie y lo comunique con fidelidad.

Y eso implica decisiones concretas. ¿Quién tiene la autoridad moral para decidir qué se digitaliza? ¿Con qué narrativa se presenta una catedral en una visita virtual? ¿Se incluyen explicaciones teológicas, se permite el silencio, se respeta el misterio? ¿O se le añaden efectos de sonido envolvente para “mejorar la experiencia del usuario”? La línea entre educación y banalización es tan delgada como el halo de un santo en un mosaico bizantino. Y en tiempos de realidad aumentada y monetización de la atención, esa línea tiende a desdibujarse peligrosamente.

Porque si el patrimonio eclesial se convierte en un decorado virtual que uno “experimenta” en 360°, entonces lo hemos perdido. O, peor aún, lo hemos convertido en un souvenir emocional, una experiencia inmersiva que imita lo sacro sin tocar lo sagrado. El peligro no es la tecnología, sino el vaciamiento de sentido que puede acompañarla.

Aquí se vuelve urgente recuperar una ética del asombro responsable, donde la digitalización no sea una operación estética, sino una forma de custodia espiritual. Donde la IA no sea la protagonista del relato, sino la servidora silenciosa de una memoria más grande que ella. Donde los templos, incluso en su versión virtual, sigan siendo umbrales de misterio y no parques temáticos interactivos. Porque el alma de una iglesia no puede comprimirse en un archivo .zip. Y el silencio de un claustro no se reproduce con altavoces.

b. Teología: ¿puede un algoritmo intuir lo sagrado?

Aquí el debate se afila como un bisturí, y corta en la médula de nuestras preguntas más hondas. Porque si la ética se pregunta por el uso, la teología se interroga por el sentido último. Y cuando el sagrado se encuentra con el silicio, no basta con protocolos ni permisos: se necesita discernimiento. El tipo de discernimiento que no cabe en una base de datos, por más inteligente que sea.

La inteligencia artificial —conviene recordarlo con brutal honestidad— no tiene alma, ni pecado, ni salvación. No sufre ni se redime, no reza ni blasfema. Puede generar música sacra mediante redes neuronales entrenadas con Bach y Palestrina, pero no puede distinguir entre un himno de alabanza y una canción de cuna. Puede restaurar un fresco con precisión quirúrgica, pero no se conmueve ante el rostro doliente de Cristo en el Juicio Final.

Y aquí la antítesis es tan inquietante como luminosa: una máquina puede imitar la forma de lo sagrado, pero no participar de su fondo. Puede emular el signo, pero le es inaccesible el misterio. Porque la fe no se genera, se entrega. No se programa, se acoge. La teología cristiana, desde san Ireneo de Lyon hasta Joseph Ratzinger, ha insistido con firmeza en que el ser humano, creado *imago Dei*, es capaz de trascendencia precisamente porque es libre, consciente y encarnado. Una criatura capaz de pensar, sí, pero también de creer, de amar, de equivocarse y de esperar. En palabras de Pascal: “el hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza; pero una caña que piensa” —y podríamos añadir, una caña que ora, que cae de rodillas, que se levanta cantando salmos en la noche.

¿Qué papel puede tener, entonces, una inteligencia sin alma en el ámbito de lo sagrado? Para algunos teólogos, como Pierre Teilhard de Chardin, la respuesta no es del todo negativa. En su visión evolutiva del cosmos, la tecnología es parte del despliegue progresivo del espíritu humano hacia su plenitud en Cristo. No hay herejía en el progreso técnico, siempre que este se integre en el dinamismo del amor, y no lo sustituya. En ese horizonte, la IA no es amenaza, sino instrumento: una prótesis del intelecto humano al servicio del conocimiento, la belleza y la comunión.

Pero incluso en esta lectura optimista —casi mística— el límite es claro: la herramienta no puede convertirse en mediadora de gracia. La técnica puede ser aliada del anuncio, pero nunca sacramento del misterio. Porque allí donde el Verbo se hizo carne, no cabe la reducción del Logos a lenguaje de programación. La Encarnación exige historia, cuerpo, fragilidad. Y la IA, por más potente que sea, es incapaz de asumir carne, de cargar una cruz, de ofrecer perdón.

El Papa Francisco (2015) lo ha expresado con lucidez pastoral en *Laudato Si'*, que no toda innovación equivale a un progreso. El crecimiento tecnológico no debe suplantar la dignidad humana, ni mucho menos su espiritualidad. En otras palabras, no todo lo que se puede hacer debe hacerse. El hecho de que una catedral pueda ser digitalmente reconstruida con exactitud milimétrica no implica que esa réplica conserve su alma. Porque el sentido de lo sagrado no habita en los píxeles, sino en la presencia: esa presencia viva que se da en el encuentro entre el espacio, el tiempo y la comunidad reunida en torno al misterio.

Una iglesia reconstruida en 3D puede asombrar los ojos, pero no inflamar el corazón. Puede enseñar arte, pero no encender fe. Puede ser un recurso pedagógico, pero no un lugar de epifanía. La teología, en este contexto, tiene la misión urgente de discernir sin temer, de abrirse a los nuevos lenguajes sin dejar de anclarse en la Tradición.

La IA no es ni ídolo ni redentor. Pero puede ser —si se le concede esa dignidad subordinada— un servidor del misterio. Un instrumento que amplía la mirada sin reemplazar el asombro. Una ayuda para preservar, difundir y estudiar, sin pretender nunca suplantar la experiencia viva de lo trascendente. Porque, en definitiva, lo que hace sagrado a un lugar, a una imagen, a una palabra, no es su resolución digital, sino su capacidad de tocar el alma, de provocar silencio, de abrir una grieta en lo cotidiano por donde se cuele lo eterno. Y eso, hasta nuevo aviso, no se programa.

c. Epistemología: entre simulacro y experiencia

Pero aún falta una tercera dimensión, quizá la más esquivada y, por eso mismo, la más peligrosa: la epistemológica. Porque si la ética regula el uso y la teología orienta el sentido, la epistemología nos enfrenta a la pregunta más básica, casi infantil en su candidez... y sin embargo, brutalmente actual: ¿qué entendemos hoy por conocer?

Cuando aplicamos inteligencia artificial al patrimonio sacro —a los vitrales medievales, a las homilías de los Padres de la Iglesia, a las ruinas de un monasterio carolingio— nos encontramos con un tipo de conocimiento que es preciso, rápido, extensivo. Los algoritmos pueden reconocer patrones estilísticos, predecir dataciones con asombrosa exactitud, reconstruir textos mutilados o ambientes litúrgicos enteros. Todo eso es impresionante. Pero también es, en cierto sentido, profundamente impersonal. Porque la inteligencia artificial no comprende, sino que procesa. No interpreta, sino que correlaciona. Su conocimiento es estadístico, no hermenéutico. Y como recordaba Hans-Georg Gadamer (2007) en *Verdad y método*, toda comprensión genuina es un acto de mediación entre el pasado y el presente, atravesado por un horizonte de sentido compartido. Comprender no es decodificar datos, sino entrar en diálogo con lo otro, desde la propia finitud.

La IA no tiene horizonte. Opera fuera del tiempo, sin contexto, sin cuerpo. Como una orquesta capaz de ejecutar cada nota con precisión quirúrgica, pero sin comprender la melodía, ni mucho menos el silencio entre los compases. Su capacidad es cuantitativa, pero el conocimiento religioso y artístico es cualitativo, simbólico, encarnado.

Aquí el riesgo no es sólo técnico: es ontológico. Porque cuando el simulacro sustituye a la experiencia, ya no sabemos distinguir entre lo que vemos y lo que comprendemos. Jean Baudrillard lo advirtió con tono casi profético: vivimos en una era de hiperrealidad, donde la copia precede al original y termina por devorarlo. En este nuevo régimen de signos, lo real ya no tiene peso. La representación reemplaza a la presencia, y el simulacro a la memoria. Un recorrido inmersivo por el Santo Sepulcro en realidad aumentada puede parecer más emocionante que una peregrinación real. Más limpio, más cómodo, más espectacular. Pero también —y precisamente por eso— más superficial, más despojado de sentido, más distante de lo humano.

Porque la experiencia espiritual no se reduce a la visualización. Es cuerpo fatigado, es oración entrecortada, es comunidad en camino. La IA puede ofrecernos mapas en 4K, pero no puede enseñarnos a extraviarnos, ni a encontrar lo inesperado. No puede generar la experiencia de lo sagrado porque no conoce el asombro, ni el deseo, ni la herida. Y eso nos lleva, inevitablemente, a una conclusión incómoda: la inteligencia artificial puede conservar las formas, pero no puede transmitir el sentido. Puede replicar el esplendor visual de una liturgia, pero no su densidad simbólica. Puede archivar cada documento del siglo XII, pero no

enseñarnos a recordar en el sentido profundo del término, como acto de traer al presente lo que sigue vivo, no como simple acumulación de datos.

La memoria, en la tradición judeocristiana, es un acto espiritual. Recordar no es solo “tener presente”, sino “volver a hacer presente”. La Pascua no se celebra como un aniversario, sino como una actualización del misterio. Y ningún algoritmo, por más sofisticado, puede operar esa reactivación del sentido.

Conclusión

El patrimonio eclesial, en su espléndida densidad simbólica y material, constituye una de las más altas formas en que la humanidad ha plasmado su sed de eternidad. Piedras, pigmentos, códices, cantos: cada elemento del arte sacro es un susurro del misterio, un eco de la fe encarnada en la historia. A lo largo de los siglos, la Iglesia no solo ha sabido custodiar estos tesoros, sino también convertirlos en lenguaje vivo, en puente entre generaciones, en pedagogía espiritual.

Hoy, sin embargo, ese legado se asoma a una frontera insólita: la de las inteligencias no humanas. Y en esa línea delgada que separa lo divino de lo digital, lo eterno de lo efímero, se despliega una nueva exigencia: preservar la hondura del símbolo sin perder la riqueza de la herramienta. Porque en esta nueva época, donde la memoria es codificada en ceros y unos, el riesgo no es solo técnico, sino profundamente espiritual: que lo sagrado sea reducido a decoración de pantalla, y que el misterio sea simplificado en nombre de la accesibilidad.

Y, sin embargo, sería un error imperdonable —uno de esos errores que suelen disfrazarse de prudencia— rechazar de plano el diálogo con la inteligencia artificial. Como la imprenta en el siglo XV, o la radio en el XX, la IA puede convertirse en aliada si se la integra con discernimiento y respeto. No como oráculo de verdades absolutas, sino como prótesis humilde de la inteligencia humana. De hecho, algunos proyectos ya demuestran su potencia transformadora: la restauración algorítmica de frescos dañados por el tiempo, la catalogación automatizada de archivos litúrgicos olvidados, la recreación inmersiva de iglesias desaparecidas. Tecnología al servicio de la memoria, y no en lugar de ella.

El análisis ético revela una premisa sencilla y radical: la fascinación técnica nunca debe superar el respeto simbólico. Porque cada objeto sagrado —por pequeño o antiguo que parezca— porta consigo una memoria encarnada, una historia de fe, un gesto de comunión. Convertirlo en contenido interactivo sin comprender su densidad es traicionar su origen. Como advertía Heidegger, el peligro no es la técnica en sí, sino el modo en que transforma nuestro modo de habitar el mundo: cuando todo se vuelve disponible, lo sagrado pierde su resistencia, su espesor, su silencio.

Desde la teología, el desafío es más profundo todavía: reconocer que, si bien la IA carece de alma, puede ser expresión de la creatividad humana cuando esta se ordena al bien común y a la gloria de lo bello. No se trata de “consagrar” las máquinas, sino de evitar que nos deshumanicen. La teología no debe temer a la técnica, pero sí a la tentación de reemplazar la presencia por la eficiencia, la comunión por la conectividad, la oración por el algoritmo.

Y desde la epistemología, el reto es aún más sutil: discernir entre saber y comprender, entre reproducir y recordar. Porque no todo lo que se puede replicar merece ser conservado, y no todo lo que se conserva transmite por igual su sentido. La IA no puede transmitir el temblor que provoca una liturgia en latín bajo la bóveda de una abadía. Pero puede ayudarnos a preservar las condiciones para que ese temblor siga siendo posible.

Por eso, el encuentro entre inteligencia artificial y patrimonio eclesial no debe ser visto como un combate entre lo antiguo y lo nuevo, sino como una oportunidad de reformulación teológica y cultural. Una ocasión —urgente y preciosa— para repensar el lugar de la Iglesia en un mundo donde la memoria se delega a máquinas y la verdad se diluye en representaciones infinitas. ¿Puede la Iglesia ser guardiana no solo de la memoria espiritual de la humanidad, sino también de su memoria digital? Esa es la gran pregunta.

La respuesta no vendrá sola. Requiere creyentes que piensen, técnicos que recen, teólogos que programen, y programadores que contemplen. Una comunidad capaz de forjar una hermenéutica tecno-teológica, donde la fidelidad a la tradición se conjugue con la apertura creativa al cambio. No se trata de sustituir el misterio, sino de ampliar sus resonancias.

Porque en un mundo que todo lo transforma en flujo de datos, preservar el patrimonio eclesial no es solo proteger unas obras de arte, sino salvar la posibilidad de lo sagrado como categoría humana. La inteligencia artificial, si se integra con sabiduría, puede ser —como diría Le Goff— una escriba de futuro, capaz de ayudar a la Iglesia a narrar de nuevo su historia, sin olvidar lo que la hace verdadera: su vocación de trascendencia, su arraigo en la carne, y su fe en que lo más importante no se puede digitalizar.

Citas

- Casanova, J. (1994). *Public religions in the modern world*. Chicago: University of Chicago Press.
- Castillo Navasal, M. J. (2001). *Archivo Franciscano de la Provincia de la Santísima Trinidad. Anuario de Historia de la Iglesia en Chile*, 19, 109–122. Santiago: Publicaciones del Seminario Pontificio Mayor, Alfabetas Artes Gráficas.
- Chastel, A. (2020). *Notre-Dame de Paris: La grâce d'une cathédrale*. Éditions La Nuée Bleue.
- Choay, F. (2007). *La alegoría del patrimonio* (A. Beltrán, Trad.). Barcelona: Gustavo Gili. (Obra original publicada en 1992).
- Concilio Vaticano II. (1963). *Constitución sobre la sagrada liturgia Sacrosanctum Concilium*. Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana.
- Eco, U. (1988). *El nombre de la rosa* (R. L. de Castro, Trad.). Barcelona: Lumen. (Obra original publicada en 1980).
- Francisco. (2015). *Laudato Si': Sobre el cuidado de la casa común*. Libreria Editrice Vaticana. https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html
- Francisco. (2024). *Mensaje de Su Santidad Francisco para la celebración de la 57ª Jornada Mundial de la Paz: Inteligencia artificial y paz (1 de enero de 2024)*. Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana.
- Gadamer, H.-G. (2007). *Verdad y método I y II: Fundamentos de una hermenéutica filosófica; Hermenéutica, razón y práctica* (A. Agud Aparicio y R. de Agapito, Trads.). Ediciones Sígueme. (Obra original publicada en 1960).
- Heidegger, M. (1994). *La pregunta por la técnica* (en *Meditaciones y conferencias*, E. Estiú, Trad., pp. 9–37). Buenos Aires: Editorial Losada. (Obra original publicada en 1954).
- Jonas, H. (1995). *El principio de responsabilidad: Ensayo de una ética para la civilización tecnológica* (G. Hoyos Vásquez, Trad.). Herder. (Obra original publicada en 1979).
- Juan Pablo II. (1998). *Fides et Ratio: Carta encíclica sobre las relaciones entre fe y razón*. Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_14091998_fides-et-ratio.html
- Kaplan, F. (2015). *A map for big data research in digital humanities*. Lausanne: École Polytechnique Fédérale de Lausanne.
- Kissinger, H. A., Schmidt, E., & Huttenlocher, D. (2021). *The age of AI: And our human future*. Little, Brown and Company.
- Le Goff, J. (1960). *Temps de l'Église et temps du marchand. Annales: Économies, Sociétés, Civilisations*, 15(3), 417–433.

- Mardones, J. M. (1994). *Para comprender las nuevas formas de la religión: La reconfiguración postcristiana de la religión*. Estella (Navarra): Editorial Verbo Divino.
- Nora, P. (1984). *Les lieux de mémoire*. París: Gallimard.
- Pizzorusso, G. (2017). *El espacio sacro en transformación: Patrimonio, identidad y comunidad*. Edizioni Queriniana.
- Ricoeur, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido* (A. Neira, Trad.). Madrid: Trotta.
- Sánchez Gaete, M. (2025). *Transformación de las relaciones internacionales por medio de la inteligencia artificial: Un análisis histórico y futuro*. En *Geopolítica del siglo XXI: Perspectivas desde Chile* (pp. 183–195). Santiago de Chile: Ediciones Universidad Finis Terrae.
- Turkle, S. (2011). *Alone together: Why we expect more from technology and less from each other*. New York: Basic Books.
- UNESCO. (2022). *Framework for the protection of religious heritage: Challenges and recommendations*. United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization.
- Von Balthasar, H. U. (1985). *Gloria. 1: La percepción de la forma*. Madrid: Ediciones Encuentro

